

Mujeres mexicanas del siglo xx.

La otra revolución,
(coord. Francisco Blanco), Edicol,
México, 4 tomos, 2584 págs.

Elena Urrutia

El desarrollo del pensamiento feminista incluye, entre otras cosas, la necesidad de buscar los antecedentes de la mujer cercanos y remotos, de rescatar del olvido a nuestras madres, abuelas y bisabuelas, sus inquietudes y sus reivindicaciones, para ir construyendo nuestra propia historia, y para entender mejor nuestro propio desarrollo. Es así que cuando las mujeres empiezan a tener conciencia de su condición de oprimidas, una de las acciones que emprenden y que se repite de un país a otro, no importa de qué hemisferio se trate, es la del rescate de figuras femeninas que las han precedido dentro de su cultura, logrando de esta forma modelos, arquetipos fundamentales para construir su identidad.

A lo largo de los años y con una incidencia creciente en los últimos tiempos, el tema de la mujer en México ha cobrado más y más interés; me refiero en este caso concretamente a la mujer que ha salido del anonimato para ocupar un lugar visible dentro de la sociedad, distinguiéndose no sólo por su creatividad sino por su liderazgo en cualquier campo. Pienso en los primeros intentos por difundir esto, que tienen lugar a finales del siglo xix: la antología con prólogo de José María Vigil, *Poetisas mexicanas, siglos xv, xvi, xvii, xviii y xix*, publicada por la Junta de Señoras correspondiente de la Exposición de Chicago, en 1893, para celebrar un centenario más del descubrimiento o encuentro con América. Si este libro destacaba a las poetisas nada más, aunque en el prólogo José María Vigil se refiere a otras participaciones femeninas en esa Exposición de Chicago, cerca de esos años, el libro de Laureana Wright de Kleinhans abre una amplia visión sobre las mujeres en México —escritoras, poetisas, maestras,

combatientes, filántropas, profesionales, artistas, etcétera— que destacaron de modo particular como para que se encontrara documentación sobre ellas, desde la época prehispánica hasta finales del siglo xix, cubriendo también el periodo colonial y el independiente. *Mujeres notables de México* fue publicado en 1910 para celebrar los 100 años de la Independencia, bajo los auspicios de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes en una edición póstuma, ya que su autora murió en 1896. O bien Laureana Wright había preparado el libro poco antes de morir y sólo seis años después salió a la luz, o bien alguien cercano reunió los textos que la autora había publicado, entre otros lugares, en la revista dirigida por ella *Violetas del Anáhuac (1887-1889)*, publicación precursora del periodismo femenino en México: el propio libro no cuenta con ningún dato que pueda esclarecer la duda.

En 1956 Carolina Amor de Fournier promovió una carpeta de extraordinario buen gusto con 21 dibujos de mujeres de México, obra a lápiz del excelente pintor y retratista Antonio Peláez, cada dibujo acompañado de la semblanza de algún intelectual de primera línea. Años después, en 1991, patrocinada por la Secretaría de la Mujer del Gobierno del Estado de Guerrero, se publicó otra carpeta coordinada por Dolores Olmedo que dista mucho de la calidad y belleza de la anterior. Sin embargo, de entre las 22 mujeres elegidas se destacan —y no por su calidad de impresión— algunos retratos de Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Juan O'Gorman, Alfredo Zalce, Cordelia Urueta y ciertas semblanzas de: Alfonso Reyes, Carlos Monsiváis, Rubén Bonifaz Nuño, Enrique Krauze, Ramón Xirau. Retengo entre varias de las mujeres a Lola Álvarez Bravo, Griselda Álvarez, Pita Amor, Socorro Díaz, Ángela Gurría, Ana Mérida y la propia Dolores Olmedo. Esa misma Secretaría de la Mujer del Gobierno del Estado de Guerrero había publicado en 1988 un pequeño libro de 100 páginas titulado *Mujeres del sur, perfiles*

biográficos que representa —como se señala en el prólogo— “una lucha contra el olvido y un homenaje a la mujer”. La primera de las biografías nacida en 1779 y la última en 1954.

Veinte mujeres notables en la vida de México es el título de la publicación que surgió de la exposición del mismo nombre, organizada en el Instituto Mexicano Norteamericano de Relaciones Culturales, en 1974, por Felipe García Beraza. Las veinte mujeres notables ahí representadas tuvieron en común dos aspectos: el no estar más en este mundo, y el que hubiera sido posible encontrar alguna escultura, fotografía o pintura que las recordara: filántropas, poetisas, esposas de embajadores de países extranjeros en México, educadoras, insurgentes, pintoras, escritoras e intelectuales, cantantes.

Más recientemente, Aurora Tovar emprendió una cuidadosa investigación que desembocó en el libro *Mil quinientas mujeres en nuestra conciencia colectiva. Catálogo biográfico de mujeres en México* que obtuvo el premio Demac 1995-1996. En él se da a conocer la trayectoria de mujeres sobresalientes nacidas entre la época precolombina y el año de 1925. Actualmente, la autora realiza un estudio centrado en la biografía de mujeres nacidas entre 1925 y 1950 que busca igualmente rescatar del olvido a destacadas personalidades femeninas.

No pretendo agotar las publicaciones sobre mujeres que han destacado de una manera u otra; sólo he querido señalar ciertos antecedentes de obras que algo tienen en común con la que ahora nos ocupa: *Mujeres mexicanas del siglo xx. La otra revolución*, obra en cuatro tomos bajo la dirección de Francisco Blanco, editada por Edicol y con el múltiple patrocinio de la Universidad Autónoma Metropolitana, Instituto Politécnico Nacional, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Universidad Autónoma de Nuevo León, Universidad Autónoma

del Estado de México y Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

2584 páginas distribuidas en cuatro tomos con un promedio de 646 páginas cada uno; un prólogo; 13 ensayos dando un promedio de 3.2 por volumen, y 210 semblanzas a razón de 52.5 como promedio: cifras impresionantes que revelan el intenso trabajo de equipo que logró una obra imprescindible, no sólo para valorar el excelente nivel al que ha llegado un número importante de mujeres en México, del cual las 210 semblanzas son un pequeño ejemplo, sino también para proveer una fuente de información biobibliográfica acerca de esas mujeres que reunieron en su momento las condiciones propicias para ser incluidas. Son multitud los campos del saber, de la creatividad y de la acción magníficamente representados, que al iniciar el siglo que acaba de concluir difícilmente habrían podido ser siquiera soñados.

No es difícil imaginar las varias tareas que el autor del proyecto y director de la obra, Francisco Blanco Figueroa, ha debido emprender al concebirla, promoverla, ejecutarla y legitimarla ante las mujeres que aceptaron participar y las numerosas instituciones académicas patrocinadoras.

He palomeado con entusiasmo varios ensayos y gran número de semblanzas cuya lectura completará la magnífica impresión causada por aquellos que hasta el momento he leído admirando su redacción clara, directa, la gran pulcritud del trabajo editorial que hace posible reflexionar sobre los temas tratados en los ensayos y sobre los universos que los retratos hablados de las mujeres abren ante el lector, la lectora. Para tener también una visión del desempeño de las mismas y su vital inserción en este país, en el siglo que acaba de morir.

A pesar de que se mantiene en las semblanzas un formato que tiende a establecer cierta unidad, cada mujer retratada se revela en su singularidad y riqueza irrepetibles. Pero también hay formatos que

escapan al conjunto: pienso en el original texto de Bárbara Jacobs, aunque en justicia no puedo, ante el universo inabarcable que ofrece la obra, referirme a alguna, algunas de las integrantes del mismo.

Los cuatro volúmenes de la obra *Mujeres Mexicanas del Siglo xx. La otra revolución* tienen la enorme virtud de ofrecer una lectura que se puede dosificar a voluntad, procurando en cualquier página elegida incluso al azar, un interés sostenido y consistente. ●

Xingjian, Gao,

El libro de un hombre solo

traducción de Xin Fei y José Luis Sánchez, epílogo de Liu Zaifu, Barcelona, Planeta (Étnicos del Bronce, núm. 26), 2002, 542 págs.

Isaac García Venegas

“La soledad –afirmaba E. M. Cioran en 1940– no te enseña a estar solo sino a ser único”. Tal vez *El libro de un hombre solo* de Gao Xingjian confirme lo dicho por aquel pensador rumano. Tan único es el protagonista central de la novela que carece de nombre; solamente tiene pronombres para referirse a sí mismo: “tú” y “él”. Es un hombre escindido entre el que es cuando escribe acosado por los recuerdos que lo torturan, y el que fue cuando vivió en la China de Mao Zedong y soñaba con la libertad absoluta. La distancia entre ambos es tan grande que le impide construir un “yo”. Aun cuando se intuye que el personaje central –escritor, principalmente de obras de teatro, pintor y poeta– es un retrato del propio Xingjian y que la novela es en gran medida una autobiografía, resulta que esta condición escindida, metódicamente forjada, es la que vuelve inquietante el libro de Gao.

A diferencia de la soledad occidental, casi siempre concebida como una enfermedad, un malestar o un defecto, la soledad del escritor chino es una virtud necesaria para sobrevivir en un sistema autoritario que hizo del miedo la condición *sine qua non* de su existencia. La descripción hecha por el premio nobel de literatura de la China de

Mao, particularmente de la Revolución cultural (1965-1976), es alucinante. Se trató de un poder político que violaba una y otra vez a quienes se hallaban bajo su égida al hacer de ellos lo quería sin tomar en cuenta sus opiniones ni deseos. Era un sistema que todo lo vigilaba, todo lo sabía, todo lo inducía. Más allá de los indiscutibles méritos literarios con que cuenta su obra, probablemente sea por estas descripciones tan crudas, y al parecer tan reales, que la obra de Gao Xingjian ha obtenido un amplio reconocimiento en un Occidente ansioso de hundirse todo él en la festiva homogeneidad de la globalifilia.

Pero para el escritor chino la realidad de esa patria en la que no se reconoce es una expresión más del mito moderno. Argumento al que difícilmente se le puede negar su acerto. Lo que allá era una tragedia acá es un espectáculo, un gran *Big Brother* que todo lo ve, que todo lo sabe, que todo lo induce. Por ello el personaje central no deja de ser un hombre solo cuando logra huir de China, se instala en París, y recorre diversas partes del mundo acompañado por mujeres que con su cuerpo y pasión no pretenden sosegar la soledad conquistada sino reforzarla. Su soledad en Occidente ya no es exclusivamente el baluarte en donde es verdaderamente libre, sino una atalaya desde la cual observa sin tapujos, sin remilgos, sin temor ni concesión alguna. No escribe para vivir, sino para dar rienda suelta a su libertad caramente conquistada. Es entonces cuando “tú” escribe sobre “él”.

Esta soledad plena y esta conciencia de ser único, sin nombre, sin patria, sin ganas de ir más allá de su presente, de los instantes, sin ataduras de ningún tipo, abiertamente frágil y totalmente libre, es lo que el personaje, y por supuesto el autor, desea compartir a través de su escritura. Sus interlocutores son esos lectores desconocidos que como él son personas ordinarias y sensibles. Así pues, aprender a estar solo cuesta mucho trabajo, pero en el proceso se conquista la inigualable sensación